

## **CULTURAS Y DINÁMICA REGIONAL EN EL CARIBE COSTARRICENSE**

*Omar Hernández Cruz*

### **Abstract**

Costa Rican's Caribbean region has been characterised by a history of meetings and separations among peoples of diverse origins and cultures. This article summarises the history of these Caribbean cultures, emphasizing the principal processes of incorporation or exclusion of specific peoples or ethnic groups in the region's economic and political development. It considers the agents in the major arenas of cultural confrontation, reconfiguration and reproduction.

### **Resumen**

La región Caribe costarricense se ha caracterizado por una historia de encuentros y desencuentros entre agentes culturales de muy diversos orígenes y referentes culturales. Por ello se hace aquí un repaso de la historia de las culturas caribeñas, poniendo énfasis en los principales procesos que convocan o excluyen a pueblos o grupos étnicos en el contexto de la dinámica económica y política que caracterizan la región. Se le sigue la pista a los agentes culturales en los principales campos de confrontación, reelaboración y reproducción cultural.

### **Presentación**

En el Caribe los pueblos indios, conquistadores, esclavos, inmigrantes y criollos convergen sus experiencias e historias en un escenario majestuoso y exuberante. Una lectura rápida de la historia de los estados nacionales centroamericanos, permite visualizar los procesos que desde épocas prehispánicas hasta el presente caracterizan la región caribeña. En su conjunto la cuenca centroamericana se encuentra articulada por diversas vías en el flujo poblacional y económico prehispánico. Estas redes y vínculos son usadas por las industrias coloniales españolas e inglesas y así en los procesos independentistas y en los albores de los estados nacionales ya hay una cierta unidad transfronteriza caribeña. En Costa Rica, el Caribe ha resumido en su historia matrices económicas y culturales que la perfilan y distinguen del resto de la sociedad nacional. Su particular historia atestigua que esta región ha estado al margen de la retórica de la nacionalidad, o subordinada a ésta, según los designios transnacionales o

nacionales y esto implica que en la dirección de la dinámica regional generalmente no intervienen factores sociales y culturales locales. La participación de los agentes culturalmente diferenciados de la región, se ha venido dando por medio de diversas estrategias, algunas amparadas en la tradición y otras construidas al calor de los procesos coercitivos a los que se han visto sometidos. Pueblos indios, africanos esclavos, afrocaribeños, asiáticos, mestizos centroamericanos o provenientes del resto del país, han participado de la convocatoria propuesta por el desarrollo del capital, pero en estos procesos globalizadores y homogenizadores, han sabido marcar su impronta en la historia y en las vías para el desarrollo futuro de la región y del país.

La historia de las culturas de esta región es parte de la historia de la cultura nacional, pues desde épocas precolombinas en el Caribe se hacen presentes los cazadores recolectores, los agricultores incipientes, los cacicazgos, así como la incursión colonial, el modelo de plantación colonial o neocolonial transnacional, la afluencia migratoria atraída por el mercado laboral, la economía campesina autosuficiente o articulada y subordinada al mercado, además del crecimiento y reproducción a escala ampliada del aparato estatal y de los servicios. Pero, si bien, los procesos que caracterizan la región presentan continuidades o rupturas con el resto del país, lo cierto es que la región tiene una cronología propia, una bitácora desfasada de los procesos nacionales, aunque esta condición no la excluye de la historia del país.

En la región Caribe las culturas son el producto de los procesos históricos propios y su mediación con los procesos nacionales o transnacionales que, interactuando, le dan una configuración pluricultural y multilingüe, que aporta a la fragua de la cultura nacional. Aclaramos que al referirnos a la cultura nacional, dejamos de lado esa imagen mistificada -contra-imagen de las culturas populares- que el Estado de consumo con los intelectuales, se ha encargado de fijarle unos límites coincidentes con sus intereses hegemónicos. Entonces, cuando decimos cultura nacional, no nos referimos a esa construcción homogeneizante de cultura que sirve de materia prima a la política estatal, en donde las diversidades de clase, de historia, de región, de contexto, se encuentran subsumidas por el discurso hegemónico. Nos referimos, más bien, a la síntesis de la diversidad de las culturas, a la síntesis según sus variantes étnicas, de clase y sector, según sus expresiones locales o regionales.

Se puede afirmar entonces que la dinámica cultural de la región ha permitido que, aleatoriamente a los procesos que más radicalmente la han transformado, se reproduzcan ases de significación y prácticas culturales que por medio de lealtades razonadas mantienen en el presente una vigencia y proyectan hacia el futuro potencialidades. A éstas colectividades y filiaciones étnicas se les puede, todavía ahora, seguir su recorrido histórico y asociar por medio de evidencias de la cultura material, del registro etnohistórico o de la tradición oral, según sea el caso, con las matrices culturales y sociales que subsisten hasta nuestros días.

Estas evidencias tangibles, en tanto patrimonio cultural o experiencia, de las diversas identidades culturales del Caribe costarricense, han sido objeto de la investigación científica muy tardíamente y por ahora con tratamientos segmentados, cuyos intereses priorizan el estudio de los procesos económicos de la región, la especificidad de las etnias y el papel del Estado.

Así, se han descuidado abordajes en donde se aporten las evidencias, se muestren los procesos y se interpreten las implicaciones de éstos sobre la mentalidad colectiva de la etnicidad y sobre la participación de los grupos étnicos en la construcción de la cultura regional y nacional. Por suerte, la etnohistoria reciente y la nueva historia social han abierto espacios de investigación en donde empiezan a salir a la luz los actores y las representaciones culturales que forjaron la historia de cultura en la región.

Sin pretender llenar el enorme vacío, aún pendiente de abordar, se da a continuación un vistazo por la historia de la diversidad cultural de la región, estableciendo los principales campos de confluencia cultural, de suerte que se documentan e interpretan los procesos más significativos en la reproducción de las identidades culturales de la región.

## **1. De cazadores recolectores y cacicazgos: ¿qué subiste a la conquista?**

En el Caribe costarricense los asentamientos precolombinos, según la documentación arqueológica y etnohistórica, se concentraron en tres áreas de poblamiento en la llamada Vertiente Atlántica<sup>2</sup>. La primera se refiere a la zona más central conocida como el Valle del Guarco (Valle del río Macho y Grande de Orosi y el área de Cartago), la segunda se refiere al curso medio del río Reventazón en zonas arqueológicas tan importantes como Turrialba y la última zona arqueológica se ubica en la llanuras del Caribe, desde Guápiles a Siquirres.

Un denominador común cultural se presenta para estos espacios desde las primeras evidencias que datan los 10 mil a 11 mil años de antigüedad. Nos referimos a las prácticas de caza y recolección adaptadas a las condiciones ecológicas del bosque tropical húmedo.

Aquí es característico una forma de organización social de bandas nómadas o semiestacionales dedicadas a la subsistencia. Las evidencias como puntas de lanza, muestran un alto nivel de perfeccionamiento tecnológico que resulta en un impacto irreversible sobre los recursos disponibles del medio<sup>3</sup>.

Desde aquellos primeros pobladores, cuyas actividades de subsistencia se basaron en el uso de la piedra, hasta los períodos de agricultura incipiente y de producción cerámica (Siglos VI-III a.C.), los patrones de uso del espacio son dispersos.

El control de los recursos del bosque tropical húmedo asociado a formas de agricultura, más los mecanismos de control político-religioso y militar de territorios, como es la tendencia para múltiples pueblos a lo largo de la historia, constituyen la explicación del surgimiento y desarrollo de determinados patrones culturales de asentamiento como las empalizadas, las concentraciones poblacionales y los centros ceremoniales.

El origen de formas cacicales de control político, militar y religioso, están claramente documentadas para la región por evidencia arqueológica como la cerámica, las técnicas de producción de viviendas, las elaboradas esculturas en piedra, los patrones de enterramiento en sus formas preferenciales (Hurtado, L; Gómez, José 1985: 67-100).

Sin que la historia agraria precolombina de la región esté totalmente documentada en las fuentes arqueológicas y etnohistóricas, se consignan evidencias de las prácticas culturales, así como de restos naturales de éstas, tales como fitolitos y polen, que dan cuenta de actividad agrícola.

Sin llegar a afirmar que el sistema agrícola, fuera el sistema predominante y generalizado para todos los pueblos asentados en la región, ya en la fase que los arqueólogos han denominado El Bosque-La Selva (200-800 d.C.), especialmente en las partes bajas se dan las primeras aldeas monumentales.

En estos contextos, la interacción cultural se plasma ya en marcos regionales, en donde las relaciones económicas y las representaciones simbólicas dan cuenta de intercambios y dependencias sujetas a la coerción del poder político centralizado (Snarkis, M. y Ibarra, Eugenia 1985: 57-67). Los tributos, las empalizadas, las tumbas preferenciales, los montículos, las extensas calzadas, la concentración de la población, la distribución y posible organización centralizadas de los recursos naturales y culturales, hacen de estos espacios verdaderos polos hegemónicos que subordinan y aglutinan pueblos y posiblemente culturas diferentes<sup>4</sup>.

Para el siglo XVI, etnohistóricamente (Ibarra, E. 1984, 1986 y 1990), se establecen para la región Caribe los cacicazgos de los Votos, Pococí, Suerre, Tariaca y Talamanca. El primero se ubicaba al norte cerca de la llanura del río San Carlos, y su principal concentración poblacional estaba cerca del río San Juan, en la desembocadura del río San Carlos, poblados que estaban habitados por los caciques y sus familias. Ubicados en un territorio regional muy amplio, los vínculos se facilitaban por el acceso a efectivas vías de comunicación fluvial y a senderos, por medio de los cuales se hacía el comercio y se constituían alianzas político-militares con pueblos vecinos.

Una situación semejante sucedía con el cacicazgo de Pococí, que estando situado en las márgenes del río Matina, mantiene relaciones de parentesco, comerciales, políticas y de alianza, con otros cacicazgos de zonas montañosas como los Guarco o con cacicazgos de la misma región como Suerre y Talamanca.

Por su parte, Suerre es localizado por Ibarra al noreste de Turrialba, el cual se extendió hacia la costa del Caribe y, por el norte, probablemente hasta el río San Juan (Ibarra, E.1990: 38).

Resultan muy esclarecedoras de las fuertes y consolidadas relaciones existentes entre estos cacicazgos, las alianzas político-militares que se consolidan entre éstos, para enfrentar en conjunto las incursiones coloniales españolas.

En el Valle de la Estrella, esta investigadora ubica el cacicazgo de Tariaca, localizado entre el río Banano al norte y río La Estrella al sudeste (*Ibid.*: 39).

Con mucha importancia en el Caribe, Ibarra ubica el cacicazgo de Talamanca, el cual limitaba al este de la cordillera del mismo nombre, hasta el Caribe, al oeste con Chirripó, al norte con Tariaca y hacia el sudeste con el río Changuinola. Igualmente, otras fuentes (Barrantes, 1993; Constenla, 1991 y Borge y Castillo, 1997) indican que la subregión de Talamanca estaba habitada antes de la llegada de los españoles por bribris, cabécares, tariacas, teribes, guaymies y sikwas. Con respecto a este último grupo, según Ibarra (*Ibidem.*) en los inicios de la conquista parte de la tierras talamanqueñas se encontraban ocupadas por unos indios de origen mesoamericano llamados *sikwas*

por los pobladores. Se conoce que cerca del año 1620 esos indios fueron expulsados de tierras talamanqueñas hacia las islas de la Bahía de Almirante, en Panamá. Esta es la última referencia documental sobre esos “mexicanos”, denominados también duíes (del Valle del Duy, nombre dado a una parte de Talamanca antes de 1605). Se indica que venían a cobrar tributo y que estaban en Talamanca cuando Montezuma cayó en México.

Los procesos culturales han hecho que lingüísticamente se conserve el principal rasgo de esta significación, pues en la lengua bribri vigente, se les llama a los extranjeros “blancos” con el calificativo de *sikwas*.

Las redes comerciales, políticas y culturales son tan amplias en la región, que los datos etnohistóricos nos aportan testimonios de vínculos que cubren las llanuras, las zonas montañosas hasta el centro del país y con toda certeza hasta relaciones comunes con pueblos y culturas procedentes del corazón de Mesoamérica.

Las evidencias arqueológicas nos habían clarificado ya las relaciones culturales con la región Sudamericana, a partir de los grandes comales cerámicos usados para cocinar yuca -budares-, así como de los restos de piedra —microlitos— que se usaron como raspadores y procesadores de yuca (Acuña, V. 1985: 31-46).

Los breves datos que aquí hemos referido presentan a los pueblos indios de la región como artífices de su propia dinámica cultural propia y también como participantes de campos de interacción y confluencia multicultural que seguramente se daba desde tiempo inmemorial.

La dominación y las consecuentes prácticas cacicales para apropiarse del trabajo humano se ejerce posiblemente sobre pueblos<sup>5</sup> y territorios cuyas condiciones naturales implican, según el arqueólogo Hurtado (1987: 41), adaptarse a la capacidad de sostenimiento impuestas por el bosque tropical húmedo. Esto justifica hasta cierto punto, la coerción sobre pueblos y territorios y consecuentemente la división y confrontación entre sí. Circunstancia que fue aprovechada por los conquistadores, al promover el aislamiento territorial y alianzas con pueblos indios para enfrentar enemigos comunes.

## **2. De encomiendas, haciendas, cimarrones y piratas**

La conquista con sus procesos de la encomienda, la esclavitud abierta y el etnocidio, hace de las poblaciones indígenas uno de los principales objetos de apropiación. La diversidad cultural de las etnias presentes en la región, es concebida por la mentalidad colonial como una sola; y hacia ésta orientan sus procesos de cristianización, castellanización y al final de cuentas, de incorporación a la institución productiva semi-servil: la encomienda.

La conquista de los territorios que ahora forman el país, estuvo centrada primero y preferencialmente en la costa del Pacífico y hacia las zonas montañosas centrales. Así, desde la esporádica visita de Colón en 1502, hasta la expedición de Diego de Nicuesa, Gobernador de Castilla de Oro, en 1510, la costa Caribe tiene poca relevancia para los conquistadores. Igualmente en Centroamérica, las costas bañadas por el mar Caribe permanecen como territorio de los pueblos indios hasta bien avanzada

la conquista del litoral Pacífico y de los territorios centrales del istmo. Al respecto Ibarra y Payne (1991: 20), indican:

*Los españoles controlan, específicamente, desde las costas del Pacífico guatemalteco hasta Nicoya y las tierras altas centrales de Guatemala, Honduras y El Salvador. El Caribe centroamericano, a excepción de una pequeña porción de la costa norte hondureña, está aún al margen del hombre blanco.*

Desde que en 1513 Nuñez de Balboa divisa el Pacífico y se tiene noticia de los pueblos indios que se asientan en estas costas, la sed de oro y de mano de obra se satisface desde Punta Burica hasta Nicoya, masacrando pueblos a su paso.

Por su parte, en 1540 Diego Gutiérrez, desde el Caribe, inicia la conquista de las zonas centrales penetrando hacia el interior del país por el río Suerre (Pittier, 1938), cuyas márgenes eran parte del territorio de un cacicazgo que ya hemos ubicado al noroeste de Turrialba.

Según Ibarra (*Op. cit.* 1990: 38) cuando los conquistadores intentaron penetrar hacia el Valle Central,

*de manera estratégica los indios de Suerre daban aviso a los caciques vecinos de cada paso que daba Gutiérrez, quien con su beligerante actitud y crueles tratos a los caciques de Camaquiri y Cocorí, propició la unión entre los cacicazgos para organizar la ofensiva contra el español.*

La conquista militar y misional fueron repelidas por los pueblos indios del Caribe. Así, militares y franciscanos conjuntan esfuerzos y desarrollan incursiones en Talamanca. Las “correrías de indios” —literales cacerías humanas— no sólo provocan la resistencia y movilización étnica, sino también el repliegue hacia zonas de difícil acceso.

El conjunto de los hechos históricos de la conquista dan cuenta de una sistemática práctica etnocida y anticultural, dirigida hacia el exterminio físico de los pueblos y de sus construcciones simbólicas. Se intenta imponer la estructura económica de la encomienda, el orden simbólico judeo-cristiano, el calendario de celebraciones rituales europeas y el ceremonial religioso, a la par de la extinción de las formas tradicionales religiosas, buscando provocar por la vía de la coerción, la asimilación de los pueblos indígenas a la lógica hispana.

Un ejemplo, entre innumerables, de estos procesos de conquista y de resistencia indígena, se puede documentar en la información etnohistórica, cuando Fray Rodrigo Pérez entierra los cuerpos de caciques indígenas en la iglesia, una práctica mortuoria radicalmente contraria a las tradiciones funerarias indígenas. Tal es la agresión a la tradición indígena que los indios se sublevan y dan muerte a mencionado fraile (Ibarra y Payne, 1991).

Con la conquista y colonia, los pueblos indios se ven compelidos a escribir los primeros capítulos del movimiento étnico, pues son las primeras acciones de las que se tiene noticia en la historia de la resistencia indígena en el territorio que posteriormente se denominará como Costa Rica.

Es relevante el hecho de que desde estos años, las crisis de poder de los sectores dominantes y las alternativas que originan para su reproducción, incluyen el Caribe talamanqueño para incorporarlo en su proyecto económico. Así la fuente etnohistórica nos indica que en el:

*marco de conflictos entre los grupos dominantes, se trató de solucionar la difícil situación económica que enfrentaba la Provincia de Costa Rica, pero siempre adueñándose de los productos autóctonos, cultivados y elaborados por indígenas y comercializándolos. Con este sistema de explotación, y dado el descenso de la población indígena del Valle Central y en la jurisdicción de Esparza, era imprescindible la creación de un nuevo espacio político-geográfico. Esto se logró con el asentamiento de la ciudad de Santiago de Talamanca y su puerto de Punta Blanca o Santa Clara, en sustitución de Villa Del Espíritu Santo y del Puerto de Suerre, para el comercio con Granada, Portobelo y Cartagena” (Quirós, Claudia 1990: 165).*

Conviene mencionar que estos puertos, con los cuales se quería mantener relaciones comerciales, todavía hasta 1795, servían como base naval para el tráfico de esclavos que abastecía el istmo centroamericano<sup>6</sup>. Por su parte Santiago de Talamanca en 1610, 5 años después de su fundación, es recuperado por una movilización indígena que involucró tanto a pueblos de la vertiente Caribe como del Pacífico, con los cuales se mantenían fuertes vínculos<sup>7</sup>. Los mismos hechos de intentos de poblamiento hispano y de rebelión indígena en Talamanca se repiten en 1620.

En todo caso, los procesos etnocidas y genocidas experimentados en la región durante la colonia resultan incompletos y los pueblos indios subsisten en las llanuras del Caribe, en Baja y Alta Talamanca hasta la época republicana demostrando, gracias a su capacidad organizativa, sus eficientes estrategias de lucha que conducen incluso a restituir y reivindicar sus territorios en contra de los intereses de los conquistadores (*Ibid.*: 168).

Por su parte, la resistencia y el aislamiento como estrategias de sobrevivencia y de reproducción de la cosmovisión y tecnologías tradicionales, hacen del “área de refugio”, un espacio con el cual se siguen estableciendo relaciones equilibradas para su uso y aprovechamiento. Por su parte, los clanes, la familia extensa, los territorios compartidos, la reciprocidad y la participación colectiva en la producción y la recolección, son fórmulas de organización que reproducen la pertenencia cultural, ampliándola y enriqueciéndola.

Se mantienen entonces las actividades económicas tradicionales que como la caza, la recolección y la pesca, la producción de artesanía como hamacas, textiles, recipientes, o bien la edificación de casas multifamiliares de tipo cónico siguiendo procedimientos colectivos como la “chichada” o la “seca” —práctica de pesca fluvial colectiva—, que por la baja demografía del grupo permiten el mantenimiento de las condiciones naturales en se desarrollan. Todo esto, en el marco de la agricultura itinerante con escasa incidencia en el frágil equilibrio del suelo del bosque tropical. El esquema de producción familiar extendido, les permite a los pueblos indígenas, obtener los bienes de consumo y servicios por medio de las redes familiares y comunales.

En el paisaje productivo de la región desde el siglo XVII se ha incorporado la figura de la hacienda cacaotera, aventura económica de dueños ausentistas, controlada desde la zona central del país, y que opera a partir de un régimen semi-servil en el que participaba población de origen africano e indígena. Cáceres (1996: 30) al referirse a la herencia africana en las identidades de la región y de país indica:

*La sociedad costarricense en general, y no sólo la provincia de Limón tiene una gran herencia africana (...) Llegaron en el siglo XVI y aumentó su número en el siglo XVII. Para 1650 era tan importante su número y su fuerza de trabajo que empieza a depender de ellos una de las principales actividades económicas: la producción de cacao.*

Según Cáceres los inmigrantes africanos llegados al país, como es la tendencia para el flujo esclavista en América, provenían de diversos orígenes. Rastreado la pista a estas identidades la investigadora se encuentra que habían filiaciones étnicas correspondientes con los imperios africanos de la época y también con pertenencias a pueblos sojuzgados por aquellos. De tal forma que es innegable que los pobladores que llegaron a Costa Rica por medio de la industria esclavista tuvieron diversos orígenes e identidades. Estas pertenencias culturales se pusieron en juego en la interacción con los otros e hicieron parte del significativo cultural de la época, bien fuera para la exclusión o para afinar nuevas pertenencias.

Según nos indica Quirós, el aislamiento había hecho presa fácil a las haciendas cacaoteras, de las incursiones de los piratas ingleses<sup>8</sup>.

También habían sido objeto de sujeción colonial las poblaciones esclavas africanas o caribeñas, que en menor cantidad que la población indígena local, se ven coercitivamente instaladas en el Caribe —al igual que en otras regiones del país y de la costa Caribe del istmo centroamericano— como mano de obra servil en las plantaciones o haciendas de los criollos locales. En Matina por ejemplo para 1710, ya se trasegaba con esclavos negros y para 1737 se han incorporado ya a la toponimia local, nombres que hacen pensar en la existencia del cimarronaje. Tal es el caso de una sección de las riveras del río Matina (Meléndez y Duncan (1977: 26) conocida como Cimarrones. Al respecto, se puede plantear que la esclavitud conlleva diversos procesos de liberación asociados, entre éstos, la opción concebida como cimarronaje.

El cimarronaje ha sido entendido convencionalmente como un movimiento social tendiente a la liberación de las condiciones esclavistas de la población negra en el Caribe; sin embargo, recientes interpretaciones acuñadas para otros países del Caribe lo explican como un proceso de movilización social, constituido por las expresiones del conjunto de la diversidad cultural, objetos de la conquista y la colonia. Así, para autores como Benítez y Oquendo (1990: 88) y Oquendo (1988: 63) el cimarronaje, como contracultura de la plantación, se constituyó por los diversos sectores sujetos a la coerciones esclavistas coloniales. Entre ellos los de origen africano, los indígenas, los hispanos y otros de ascendencia europea. Para el primer autor, “el mundo del escape”, del cimarronaje caribeño fue una “amalgama étnica cimarrona” que incluyó negros, indios, moros, sefarditas y españoles cristianos “sospechosos”.



Por otra parte, para la segunda mitad del siglo XIX está claramente documentado que la región costera caribeña, dejan sus huellas los tortugeros afrocaribeños y misquitos que viajan tras la pesca, aprovechando los ciclos de reproducción de las tortugas, langostas y otras especies marinas.

En este contexto se registran, como había sido la tendencia desde la época esclavista colonial, los conflictos étnicos por la tierra. El siguiente relato de David Alejandro Kayasso revela un ejemplo de estos episodios y describe como los pobladores afrocaribeños van progresivamente incorporándose a la dinámica cultural de la región:

*Mi tío (un indio miskito) me contó la historia de Cahuita Town. El venía a cazar tortugas aquí, en sus tiempos. Por esos días no se veía una alma por estos lados, pero había tortugas hasta decir basta. Y como nadie las molestaba ni en la tierra ni en el mar, eran muy mansas. Así que todos los años los tortugeros se quedaban aquí de marzo a septiembre y luego regresaban a Nicaragua.*

*Un día cuando estaban por desembarcar, vieron acercarse gente con arcos y flechas. Así que se quedaron a bordo para echar un vistazo y ver de quiénes se trataba. Anclaron y montaron guardia. Hacia medianoche los guardias gritaron: '¿Algo está metiéndose en el mar! ¿Vengan rápido! Así que rápidamente alistaron sus arpones, les dieron a los dos y los persiguieron a tierra(...)*

*Los del bote los persiguieron, ahí empezó la pelea. Los miskitos estaban mejor equipados y por eso tenían ventajas. Los persiguieron y fueron matándolos. Los siguieron durante días montaña adentro, hasta un lugar llamado aún hoy Talamalka, que en lengua miskita quiere decir 'lugar de sangre'. El rey dio la orden de clavar su bandera ahí y volvió a la playa y llamó Cawita a la larga punta de tierra, por esos árboles de flores amarillas (Palmer, Paula. 1986: 24-25).*

Palmer (*Ibid.*: 36) recoge otros testimonios de los incipientes procesos de colonización costera de miskitos y afrocaribes, cuyo origen es en primer término táctico, pues les permite cultivar y por tanto abastecerse en las incursiones pesqueras desde Panamá o Nicaragua; así progresivamente algunos se instalan para quedarse.

### **3. Una República delega la autonomía de una región**

Durante el siglo XIX se dan diferentes esfuerzos para subsanar las penurias por las que pasaban los productores e industrializadores locales del café para comercializar el grano. Luego de varios intentos de construcción de vías desde el Valle Central hasta las costas del Pacífico y de constatar los altos costos de exportación que significaba la colocación del grano en los mercados del Atlántico, en el período republicano, la sociedad nacional dominante vuelve los ojos al Caribe. Así, en 1870 se ventila públicamente la necesidad de construir un ferrocarril al Caribe para abaratar los fletes y acortar distancias. Estas inquietudes de los sectores dominantes coinciden con la coyuntura de la expansión de la producción cafetalera en la Meseta Central (Hall, Carolyn 1986).

Los trabajos se inician en 1871 y la vía funciona parcialmente hasta el año de 1890, en que la ruta Alajuela-Limón queda completamente enlazada.

Este desarrollo infraestructural y las cien mil hectáreas, obsequio del Estado al empresario extranjero que construyó el ferrocarril, hicieron, según Girot (1990:118), que la United Fruit Co. se constituyera, solamente 9 años después de finalizado el ferrocarril, en la empresa más importante de la región. El ferrocarril pasa de ser expresión de los intereses de las élites criollas, para instrumentalizarse como eje de la agroexportación transnacional (Carvajal, Guillermo 1989: 57).

Con la evidencia de la investigación etnohistórica Murillo (1995:68-69) indica:

*la condición del Atlántico como excepción, vale decir, como tierra con pobladores diferentes, de lenguas y costumbres "extrañas", con leyes y actividades económicas distintas, es invocada como una necesidad derivada del interés "nacional" por el proyecto del ferrocarril.*

Con la construcción del ferrocarril el mercado ocupacional se diversifica y la oferta nacional no abastece los requerimientos de la empresa. De ahí la inmigración de trabajadores, que enfrentando crisis en sus lugares de origen —China y países del Caribe insular—, se involucran en la red mundial del mercado laboral. A pesar de las trabas racistas impuestas por el Estado para inmigración de ciertos grupos de trabajadores, la empresa burla estas disposiciones y contrata en condiciones casi esclavistas a trabajadores de muy diversos orígenes.

Con la llegada de estos inmigrantes de diversos orígenes étnico nacionales, más la migración desde el centro del país y la proveniente de los otros países de Centroamericanos, la región caribeña se convierte en un verdadero crisol de identidades y de resistencias. La interacción cultural, la segregación cultural y el movimiento obrero que ahí se gestan son inéditos en la historia del país.

Una exhaustiva recopilación y análisis de los movimientos colectivos de trabajadores acaecidos entre 1871 y 1890 se puede encontrar en Murillo (*Ibid.*: 119). En estos movimientos participan trabajadores de la construcción del ferrocarril al Caribe, cuyos orígenes étnico nacionales, muestran un verdadero campo de interacción cultural. Así, por ejemplo, en los motines, paros, deserciones, huelgas y otras muestras de disconformidad laboral, participan inmigrantes irlandeses, chinos, mestizos costarricenses, italianos y afrocaribeños. Tal y como lo señala Murillo (*Ibid.*: 146-147), si bien el contexto de las luchas es laboral, una parte del motivo de las luchas es también étnico. Así, al interpretar los mecanismos de resistencia que se dan en la construcción del ferrocarril, llega a la conclusión de que:

*El análisis de sus principales tendencias permite evidenciar el relevante papel de las redes de relaciones densas que se tejen alrededor de las identidades étnicas, en el reforzamiento de la resistencia pasiva y activa entre estos trabajadores.*

*Algunas de las acciones surgen motivadas principalmente por el carácter de las relaciones y condiciones desarrolladas en el mundo del trabajo, como el atraso en el pago de salarios o el maltrato de los capataces. No obstante, podemos señalar que otras reivindicaciones hechas a la empresa por distintos colectivos de trabajadores, como el respeto a los días tradicionales de fiesta en su cultura o la calidad de los alimentos que se les sirven en los campamentos, tienden a adquirir un fundamento en los referentes culturales desarrollados de previos por dichos colectivos. Expresado de otro modo, las*

*motivaciones para la resistencia no son exclusivamente adquiridas en el nexo laboral ferroviario, sino que también se nutren de la contrastación de la experiencia cultural previa, con respecto a las nuevas condiciones de trabajo y de vida impuestas por la empresa.*

Como vemos, el mundo del trabajo es un espacio de homogenización, pero la interacción social de los participantes, culturalmente diversos, es también un terreno para la resistencia y para el intercambio cultural.

La mano de obra requerida para la construcción del ferrocarril y para posterior plantación bananera, bien sea de procedencia caribeña insular y continental, europea, asiática o criolla meseteña, hacen de Limón un verdadero centro comercial y de servicios destinado al comercio internacional de banano y café. Por ejemplo, en 1872 y 1873, se hacen las gestiones y los contratos para traer al país 1000 trabajadores chinos y coolies para la construcción del ferrocarril (Fonseca, Zayra 1979). La contratación de chinos y las condiciones casi esclavistas a las que se ven sometidos, provocan para 1873 un cimarronaje de ciudadanos chinos que sumidos a la esclavitud por la “empresa del ferrocarril” recurren a la resistencia cimarrona, ante lo cual se deja sentir la inominia esclavista. Por ejemplo, según una circular dirigida por Ned Ferrel, ingeniero del ferrocarril, a un jefe de campamento se dice:

*Le envío cuatro chinos capturados en Pacuare, por favor suminístreles la cantidad necesaria de latigazos y de hierros y hagálos trabajar. No permita que sean vendidos a nadie sin orden oficial. Manténganlos en cadenas hasta recibir órdenes pertinentes (Municipalidad de Limón, 1992: 52).*

Esta nueva dinámica social y las deplorables condiciones de los trabajadores limonenses, hace que en octubre de 1888 los grupos de “obreros” italianos inmersos en la construcción del ferrocarril, provoquen un nuevo capítulo del movimiento obrero de la región (Bariatti, Rita 1987; y Aguilar Bulgarelli 1989).

Un proceso semejante de raigambre obrera, gestado por actores de ascendencia étnica sucede en 1910, cuando obreros afrocaribeños, de United Fruit Co., procedentes de Saint Kitts, se alzan contra la empresa frutera por incumplimiento de las obligaciones contraídas por la empresa con los trabajadores. Estos trabajadores habían llegado al Caribe costarricense por la atracción de una promesa salarial inalcanzable en sus comunidades caribeñas de Saint Kitts y Nevis y su expectativa choca violentamente con unas condiciones salariales, de trabajo y de vida substancialmente deficitarias y problemáticas. Esto provoca la movilización y la represión oficial apadrinada por la Cía. frutera (Hernández, Carlos 1995: 191).

Esta transformación social y económica provocada por los servicios de transporte ferrocarrilero y el auge bananero, hace que Limón pase de 600 habitantes en 1880 a varios miles, en 1927, tres décadas después de finalizada la vía férrea (Hall, Carolyn. *Op.cit.*: 68).

Oficialmente, la ratificación de la dinámica social propia del Caribe costarricense, se plasma en 1892 cuando por medio del decreto No. 16 del 25 de junio, se crea el Cantón de Limón, pero no es hasta 1902 que se decreta la existencia de la Provincia de

Limón (Municipalidad de Limón 1992: 28). No resulta extraño que sea precisamente la última provincia del país en recibir dicha categoría.

El dinamismo poblacional en el cantón Central se hace mayor, conforme se expande la explotación bananera y se realiza la construcción y puesta en funcionamiento de las instalaciones muelleras.

En síntesis, diremos que las incidencias coloniales y los procesos acaecidos en el período republicano, marcan las principales características del Caribe costarricense, a saber:

- su utilización como espacio según designios externos y la ausencia de un polo hegemónico local velando por sus propios intereses;
- la inserción de la región en una dinámica comercial internacional que en primera instancia es atlántica;
- las transformaciones constantes sobre las condiciones materiales y simbólicas de los pueblos indios, y
- la consolidación de un polo de desarrollo agroindustrial bananero y de transporte —muelles y ferrocarril— que incorporan a la dinámica cultural nuevas pertenencias e identidades culturales de ascendencia afro-caribeño insular o continental, europeo y asiático
- la constitución de un espacio de relaciones laborales confrontadas con los intereses de los trabajadores y de manera concomitante los procesos de lucha obrera.

#### **4. Pueblos indios, afrocaribeños y mestizos trazan la identidad cultural de la región**

En su apertura al mercado mundial, la región Caribe participa de un ágil mercado de mano de obra, que ocasiona diversos flujos migratorios, acordes al proyecto transnacional que rige sus destinos y los orienta hacia sus propios intereses.

Los datos etnodemográficos de la región citados en la *Monografía Histórica de la Provincia de Limón* (Lemistre, A. y M. Acosta, 1983: 133) y aquellos incluidos en los censos de 1927 y 1950, evidencian que el porcentaje de “blancos” aumentó en la provincia de Limón durante ese período intercensal, lo que da como resultado que dicha población pase de un 37.6% en 1927, a un ser un componente mayoritario de un 62.7% en 1950. Para los pobladores de origen afrocaribeño, la fuente censal señala que pasaron de un 4.5% en 1927 a un 1.9% en 1950<sup>9</sup>.

Para 1950 el censo establece una población indígena para el país de 2.629 personas, de las cuales el mayor porcentaje se encontraba en Limón: un 47.5%. Por su parte, Puntarenas tenía un 34% y en Cartago se localizaba un 14%<sup>10</sup>.

Con respecto a la lengua hablada por los pobladores, para 1927 el Censo indica para Limón un 32.12% de la población con lengua materna inglesa y un 2.92% de lengua materna indígena, datos que comparados con los “raciales”, solo presentan diferencias porcentuales de un 0.12% para la relación entre “negros” y lengua materna inglesa y de un 0.17% para indígenas y sus lenguas maternas (*Ibid.*: 35). Esto significa que

estos grupos étnicos sobreviven, aunque en condición desventajosa respecto de la reproducción cultural de la población mestiza en la región.

La población de origen antillano es un componente poblacional muy relevante que se ve enrolado en el proceso regional Caribe. Participan en la construcción del ferrocarril, constituyen mano de obra en la plantación bananera o cacaotera, se integran a los servicios urbanos y en las instalaciones muelleras y se ubican como campesinos en baldíos y arriendos de la compañía frutera. Este último proceso es más característico a partir del momento en que la agroindustria frutera abandona el Caribe para asentarse en el Pacífico en 1938.

La fundación de fincas, solares y villorios de campesinos (Purcell, 1987) con características un tanto ajenas a la égida de los intereses transnacionales, así como el alto nivel de autonomía ejercida por las poblaciones afrocaribeñas, provoca un cierto aislamiento relativo, aunque siempre son funcionales al desarrollo capitalista, pues mantienen relaciones comerciales con la venta de excedentes a la compañía o a sus trabajadores.

Esta diversidad de roles y posiciones que ocupan en la estructura ocupacional del Caribe costarricense es producto del tipo de población que había migrado del Caribe insular. Entre esta población inmigraron trabajadores calificados en busca de mejores oportunidades y también desocupados rurales y urbanos que se trasladan para buscar un mejoramiento en sus condiciones de existencia; condiciones que en sus países de origen no podían satisfacer.

La movilización étnica, con propósitos de liberación y de retorno a los orígenes de los afroamericanos, plantea por primera vez en la historia de la región un vínculo organizativo supra-regional. Así la Universal Negro Improvement Association (UNIA), liderada por Marcus Garvey, el cual trabajó en Costa Rica para la United Fruit Co., logra adhesiones desde la región norte de Tortuguero, en la zona urbana y hasta en los poblados del sur de la costa. En la memoria popular limonense se recuerda que para los años treinta, en una ocasión se reúnen 18.000 personas a escucharlo y el puerto se paraliza.

La constitución de 21 filiales de esta organización, fue un testimonio del nivel de convocatoria y convencimiento logrado a partir de su expresión local. Desde ahí se alentó los espíritus africanistas de los afro-costarricenses en el marco de una acción Caribe y americana, recurriendo como vehículo a las fórmulas tradicionales de organización y recreación. Esta dimensión continental sólo tiene parangón con las filiales partidarias internacionales del movimiento obrero.

En el contexto urbano de la ciudad de Limón, como sucedía en otros cantones, la organización edifica instalaciones que sirven como punto de encuentro. De ahí el origen del edificio denominado "Blacks Star Line" en alusión a la línea naviera con que la organización panafricanista quería instrumentalizar el desarrollo económico de sus afines y el retorno a África de quienes no se sintieran conformes con su situación de inmigrantes forzados. El edificio mencionado permanece en el casco urbano de la ciudad de Limón como fiel testigo de aquellas épocas y como baluarte de una organización que lucha por el rescate y revitalización de la identidad caribeña en la región. Por

esa razón, fue declarado patrimonio nacional en 1986 y sometido a un proceso de restauración. Así, todavía al final del siglo XX es un punto de encuentro del grupo y sirve a la causa del esclarecimiento de las identidades limonenses.

La vía férrea y la plantación bananera, constituyen una senda que, además de los afrocaribeños, recorren también insistentemente criollos meseteños, migrantes de la zona norte del país y nicaragüenses en busca de mejorar sus condiciones de vida o de tener acceso a la tierra.

La literatura testimonial costarricense (Fallas, Carlos L. 1941; Gutiérrez, Joaquín. 1973; Duncan, Quince 1976), se ha encargado de narrar estos procesos, en donde los criollos meseteños, guanacastecos y hasta de otros países centroamericanos, se ven insertos en tramas cotidianas, para las cuales no tenían referente alguno. Estas se refieren a la producción, a la organización del trabajo, al uso de sofisticadas técnicas de producción, al control y manejo de un medio natural desconocido, a la convivencia sin el apoyo de relaciones familiares ampliadas, a la inserción en un proceso social con agentes culturales diversos, a la configuración de representaciones colectivas de múltiples pertenencias culturales, etc.

Si bien, una buena parte de esta población no se establece permanentemente en la región Caribe, están los que permanecen en condición de asalariados y luego logran acceder a la tierra o los que se insertan en la dinámica urbana de los servicios. Los que pasan o permanecen en la región se constituyen de manera permanente o circunstancialmente en agentes de la configuración cultural del Caribe costarricense.

Según Carvajal (*Ibid.* 1990: 69), después de 1940 los pobladores del Valle Central y de Guanacaste hacen más significativa su participación en los procesos de colonización de la región. El destino de la migración son los terrenos abandonados por la transnacional en las áreas de frontera agrícola.

La convivencia o la confrontación interétnica se da en las relaciones entre capataz y peón, entre administrador y administrado, en las plantaciones, en los barracones, en los villorrios, al interior de las pandillas juveniles en el Limón urbano, en los comisariatos, en el patio del ferrocarril, en la lucha por mejorar las condiciones de trabajo, en la huelga, en la búsqueda de la tierra propia, en la familia, en la construcción de la lengua criolla, en la iglesias, en las sectas, en la participación política, etc. Si bien algunas de estas relaciones son desiguales, las causas de esta desigualdad no se explican únicamente en el marco de una contradicción interétnica, también se explican como contradicción de clase.

Por su parte, los pueblos indios del Caribe se ven compelidos a un nuevo repliegue, cuando el Estado establece entregar una vasta porción del territorio nacional a los intereses externos, sin contemplar los derechos patrimoniales de los indígenas. Así por ejemplo, en 1909 se establece en los ancestrales territorios indígenas de Sixao-la, la Chiriquí Land Co., subsidiaria de United Fruit Co.

Este polo de "desarrollo" capitalista, provoca una radical transformación de las relaciones productivas prevalecientes, afectando la relación cultura-naturaleza por las irrecuperables modificaciones del ambiente e incidiendo sobre aceleración de la dinámica cultural de la subregión al alterar la reproducción material y cultural del pueblo indio. Asimismo, la transformación del campo de las relaciones culturales se ve modificado por

la incorporación a la cotidianidad de agentes culturales mestizos, afrocaribeños y nicaragüenses. Estos grupos, serán el principal contingente laboral de la plantación.

El modelo impuesto por la agroindustrialización, desde sus primeras etapas, hasta que se consolida, hace que sectores de los pueblos indios asentados en el sur de la región, vean el trabajo asalariado en las compañías bananeras, como una alternativa ante la expulsión de sus territorios, de que han sido objeto.

La articulación de otros grupos étnicos, la nueva organización del trabajo, los vínculos salariales y comerciales que propicia, así como la constante presión por la tierra, provocan rupturas y choques con los indígenas por parte de los intereses transnacionales<sup>11</sup>.

Si bien, hay una clara incidencia sobre los pueblos indios por su exclusión de Baja Talamanca, sus efectos se presentan siempre mediados por la posibilidad de asentarse en las estribaciones de la cordillera de Talamanca, en suelos de exclusiva vocación forestal, debido a sus pendientes y la alta precipitación de la zona. Este poblamiento sigue rigiéndose por las ventajas adaptativas de la agricultura itinerante, la caza, pesca y recolección. Sin embargo, en las tierras bajas, de mayor acceso al nuevo paisaje que se instaura en el valle, se pasa progresivamente del intercambio en especie intraétnico a incipientes formas comerciales o de intercambio con otras poblaciones. También ocurre la inserción, generalmente ocasional, de la población indígena en el mercado de la fuerza de trabajo.

Desde la instauración en la zona de la agrindustria del banano, el papel del Estado había sido delegado a los designios de la empresa bananera y el “desarrollo” regional quedaba adscrito a la lógica de la empresa transnacional. Pero la compañía padece la recesión del capitalismo desde 1929 y como forma de paliar los devastadores efectos de la plaga de sigatoka negra en los bananales, negocia con el Estado el abandono de la producción de banano en el Caribe. El abandono de las plantaciones provoca efectos sociales desgarradores sobre la frágil estructura social dependiente, sobre la población trabajadora, sobre la dinámica comercial y los sectores inmersos en ella. El mayor impacto de este proceso lo padece la población afrocaribeña que se ve impedida oficialmente por políticas segregacionistas y discriminatorias, a migrar a la costa Pacífica con el nuevo desarrollo bananero.

De esta forma la región experimentó en los años treinta, una de las peores crisis de su historia. En consecuencia, el movimiento social de los obreros bananeros en los años treinta, provocado por las exiguas condiciones de existencia y de trabajo a las que se veían sometidos los trabajadores, impacta toda la actividad bananera de la región. Así, este movimiento se puede entender como uno de los procesos sociales que en convocatoria y consenso tiene repercusiones regionales, por encima de los distinguos locales y sectoriales. Semejante proceso marcará la historia de la región y definirá marcos de acción al movimiento popular, que en lo sucesivo y hasta la actualidad ha promovido acciones con perspectiva regional.

En la crisis bananera de los años treinta, pobladores emigran de la región, unos con la actividad bananera hacia el Pacífico Sur y otros aprovechan su filiación anglófona, para dirigirse a Estados Unidos en busca de mejores condiciones de vida. En este caso, primero migran las mujeres, después los hombres adultos y por último los jóvenes.

Esto crea una fuerte dependencia de los locales con respecto a los migrantes, de cuyas remesas depende un alto porcentaje de las condiciones de existencia de muchos pobladores limonenses.

Una constante en los procesos acaecidos entre 1934, fecha de la primera huelga bananera (Acuña, 1984), y siguientes años hasta 1955, fue la debilidad de la acción del Estado, la crisis de la plantación bananera y el resurgimiento de las diversas identidades culturales ante la ausencia de la homogeneización substantiva y simbólica de los pobladores, producto de su anterior inserción en actividades capitalistas.

Otra constante en el período es que ni la acción política del Estado ni la movilización popular, consideró la riqueza cultural de los pobladores de la costa como una recurso para la lucha social, como un espacio de concertación de intereses, como un recurso simbólico para incentivar la movilización popular. Por otra parte los pobladores del Caribe se ven excluidos de la forja de la nacionalidad costarricense, y no es hasta 1949 en que se les reconoce oficialmente a los descendientes de antillanos y su condición de ciudadanos. No obstante, para el caso de los indígenas, todavía a inicios de los años 90 del Siglo XX, seguían teniendo el acceso a la ciudadanía obstaculizada por mecanismos administrativos<sup>12</sup>.

El espacio y el resquebrajamiento del panorama bananero ya característico en la zona, da pie a un proceso emergente de recuperación y apropiación de los territorios ex-bananeros. En este proceso participa principalmente la élite local de técnicos de la empresa que por concesiones y arrendamientos, con el paso de los años llegan a consolidar grandes fincas cacaoteras, que posteriormente pasan a ser arroceras o nuevamente bananeras, según los niveles de rentabilidad del mercado local o principalmente internacional.

Las condiciones para la reproducción material y simbólica de la cultura indígena en la Talamanca cambian con la crisis bananera de los años 1920 y 1930 por las inundaciones, así como por las plagas de la sigatoka y del moko que afectan las plantaciones del banano. La retirada de la compañía bananera de los territorio del Valle permite una progresiva recuperación indígena de los mismos.

Los indígenas, en un contexto en donde la explotación bananera agroindustrial se extingue y deja en la zona inmigrantes de diversas procedencias que aspiran a la campesinización, tienden a establecer relaciones de parentesco, relaciones comerciales y de venta de fuerza de trabajo, con los otros sectores campesinos. De esta forma la ocupación de un territorio, el comercio, y el trabajo asalariado dan condiciones para el mestizaje. Esto tiene como antecedente la población indígena que a principios de siglo se encuentra contratada por campesinos afrocaribeños en la zona de Puerto Viejo (Palmer, *Op. cit.*: 74; Purcel, 1987).

En otros casos, campesinos afrocaribeños e indígenas habían constituido familias. Así Borge y Villalobos (*Ibid.*: 105), al referirse al repoblamiento indígena de las partes de bajas de Talamanca después del retiro de la Cía. Bananera de la zona, a partir de 1940, indican lo siguiente:

*en la margen oeste del río Sixaola se concentraron los no indígenas en su mayoría afrocaribes, que habían establecido relaciones matrimoniales con los indios.*



Por tanto, en este período, se pueden situar indígenas que provenientes de una condición de trabajadores familiares no pagados, pasan a ser asalariados de campesinos, de ahí a obreros bananeros y con el colapso de la Cía. bananera, pasaron luego, de vuelta, a su condición original de campesinos. De ahí que la recuperación de los territorios exbananeros permitió la consolidación de alternativas de incorporación del productor indígena al mercado por medio de productos como el cacao. Estas plantaciones familiares de aproximadamente 1 hectárea, combinadas con la producción de los granos básicos, plátanos, tubérculos, pejíbayes, caña, ayotes y plantas medicinales hacen de la estrategia campesina una verdadera estrategia de sobrevivencia material y simbólica de los pueblos indígenas.

A raíz del retiro de las actividades bananeras en los años treinta, en sus escenarios linieros y costeros (Purcel, 1993; Palmer, 1986; Murillo y Hernández, 1981) la población afrocostarricense también tiene acceso a terrenos en mediana y pequeña propiedad, que también dedica a la explotación semi-silvestre del cacao; estas plantaciones familiares se ubican principalmente en los espacios habilitados por el ferrocarril y por los ramales bananeros. Con el traslado de las actividades bananeras de la United Fruit Company al Pacífico, se permite que una parte de la tierra abandonada sea poseída en precario o por concesión por la población afrocaribeña, que se ve imposibilitada a migrar con la compañía por regulaciones racistas que impedian su salida de la región caribeña. Las tierras, en un primer momento son cedidas en arriendo pero con el paso del tiempo, la efectividad de los contratos se va perdiendo y se convierten en poseedores. Este proceso de campesinización se ve reforzado con la devolución al Estado de 10.000 hectáreas de terreno inculco en Zent y Línea Vieja por parte de la compañía bananera a partir de la contratación de 1934.

El proceso productivo en estas unidades campesinas familiares de producción fue en primera instancia dedicado al cacao. Pero el equilibrio relativo entre producción, autoabasto y mercado se debilita hasta romperse a finales de los años setenta cuando se declara la enfermedad fungosa del cacao llamada monilia (*Monilia roleri*), que acaba con la utilidad comercial de aquellas plantaciones.

El vínculo comercial de estos productores se mantiene con la cría y venta de cerdos y posteriormente con la producción y comercialización del plátano. Este producto se extiende en las zonas exbananeras de Talamanca y entre los pobladores afrocaribeños de los pobladores costeros así como entre los poblados linieros (Murillo y Hernández, 1981).

En el caso de Talamanca y especialmente en los territorios indígenas, el cultivo del plátano va ampliando progresivamente su cobertura hasta cubrir tierras dedicadas a granos y bosques e incluso competir con la cría de cerdos, pues éstos afectan las sepas o semillas del plátano, de tal suerte que al cabo de 30 años del incremento de la comercialización del producto el cultivo se encuentra extendido por la mayor parte de las tierras bajas del territorio indígena. Esto hizo que los huertos de subsistencia diversificados en su producción, cedieran ante el embate del interés comercial y se debilitara así la ya frágil seguridad alimentaria de esta región, que en gran parte queda sujeta ahora a la dinámica del mercado, a las crisis fitosanitarias o a la extensión de zonas cultivadas en Nicaragua, principal destino de la producción local del plátano.

Con la producción de esta musácea, más la producción de subsistencias en la forma de granos básicos o de animales de corral, se reproduce, aunque en forma deficitaria, la unidad económica campesina. Al ingrediente productivo se agrega una participación ocasional de la venta de fuerza de trabajo familiar, en otras plantaciones campesinas o en las haciendas.

De esta forma el contingente social campesino asume, desde aquellos momentos y hasta la fecha una producción y una reproducción social de sus condiciones de existencia, bajo una inserción pluriclasista, al participar en el mercado de la fuerza laboral y en el de la producción y comercialización de las mercancías agrícolas campesinas<sup>13</sup>.

La familia indígena afectada por la dinámica económica de la región, a sabido readecuarse para, independiente de la participación asalariada de unos de los miembros, el resto (mujeres, tíos, abuelos y niños) asuman el trabajo campesino. En otros casos es la mujer, que como niña o como madre se inserta en el mercado laboral de los servicios domésticos, debilitándose así los vínculos con sus familias y con sus propios referentes culturales (Murillo y Hernández, 1981).

Para la cultura indígena, altamente especializada en la división sexual de los usos y prácticas simbólicas, este proceso de desintegración y pérdida de los roles tradicionales, ausente ahora en la socialización, hace posible, cada vez con mayor peso, la reestructuración de lo tradicional y la incorporación de nuevos esquemas de significación.

En este proceso contribuye los servicios públicos, que aunque tímida, sistemáticamente se instalan, desplegando su labor los agentes del "cambio cultural". Un papel muy importante, en este proceso de modificación cultural, lo ha jugado la escuela, que como servicio se presenta substancialmente diferenciado en el paisaje de la región Caribe y por tanto su incidencia también es heterogénea en los diversos poblados en que se asienta.

A pesar de todas estas incidencias sobre las posibilidades de reproducción de la identidad cultural de los pueblos y colectividades étnicas, la unidad campesina en territorios patrimoniales, como en pequeñas unidades de producción recuperadas dentro de los límites de la antigua o actual plantación, logra consolidar un nuevo cimarronaje. En donde afrocaribeños, así como indígenas y mestizos, encuentran una modalidad de reproducción simbólica y material, en la que no tienen que poner en cuestión ni su historia ni sus referentes culturales.

La recuperación campesina de los territorios en el Caribe, va siendo gestada progresivamente por un consolidado movimiento campesino con raigambre en los partidos de izquierda. Así se pasa de obreros sindicalistas a precaristas y posteriormente a pequeños y medianos campesinos. Esta es la tendencia de la población mestiza de origen meseteño o guanacasteco. Este proceso tiende a ser cooptado por la incidencia de la política agraria de repartición de tierras en asentamientos oficiales (Murillo, 1988).

En todo caso, la tendencia de la acción oficial fue el abandono que se muestra en el deterioro del casco urbano de Limón, en la infraestructura social, en la atención de los medios de transporte, salud, educación, etc.

Es hasta 1956 cuando la dinámica regional se revitaliza artificialmente con el resurgimiento de la actividad bananera y la respuesta estatal no se deja esperar. Ahora con los ímpetus de un estado desarrollista e interventor que apoya la gestión empresarial

bananera, se crea en 1963 la Junta de Administración Portuaria y Desarrollo de la Vertiente Atlántica (JAPDEVA). En el cumplimiento de su “función social”, se estatiza el servicio de transporte ferrocarrilero en 1971, que por demás ya no era negocio para el capital transnacional, y lo mismo sucede con la actividad muellera. Desde ahí en adelante, además de las transnacionales, también participan del proyecto bananero los empresarios agroexportadores nacionales.

La acción del Estado se siente principalmente en las zonas urbanas y sus circuitos de influencia se estructuran por medio de las redes partidistas y en general se atiende la prestación de servicios públicos, tales como, salud, electricidad, agua potable, programas de vivienda, caminos, puentes, infraestructura escolar y otros más. Así, desde San José y a coro de los intereses empresariales, la Junta (JAPDEVA) administra el “desarrollo” de aquellas áreas y condiciones consecuentes con los intereses sectoriales de la industria agroexportadora. De esta forma los polos del antagonismo que tradicionalmente habían sido entre United Fruit Company y los trabajadores, en estas condiciones en donde el Estado asume un mayor protagonismo, los conflictos sociales se dirimen entre el Estado y los sectores populares, como se analizará después.

La actividad bananera crece a partir de la fecha señalada con la particularidad de que ya no es una actividad monopólica en la producción, pues entran en escena compañías transnacionales como la Standart Fruit Company, la Banana Development Company (BANDECO), la Compañía Bananera del Atlántico (COBAL) y otros empresarios extranjeros. A estas empresas se suman un conjunto de empresario bananeros nacionales que quieren aprovechar las ventajas que las excenciones tributarias y la infraestructura muellera y caminos que el Estado ofrece a la agroindustria. Desde esa época en adelante cada vez se va debilitando más la infraestructura ferrocarrilera en la región y en el país, que no soporta el peso político de los empresarios del transporte por carretera, hasta que se da el cierre definitivo de la actividad estatal del transporte ferrocarrilero en 1994. Esto hace que el peso estratégico que históricamente había tenido el apoyo de los ferrocarrileros a las luchas obreras, al paralizar el transporte del banano, se pierda totalmente a finales de los años ochenta y principios de los años noventa.

Como se puede observar en el Cuadro 1 hay un crecimiento sostenido de la producción bananera en el país desde 1977. Solo en el período de 1985-88 hay un leve lapso de rezago en la expansión que se recupera en los últimos años de la década de los años ochenta hasta llegar a duplicar las áreas de finales de los años setenta. En el caso del Caribe —Región Huetar Atlántica según las estadísticas oficiales— el crecimiento en la producción bananera se mantiene durante este período de quince años, con una leve baja en los años de 1985-86 en donde se pasa de 21,326 en 1983 a 20,140 Has. en 1985 y hasta llegar a 19,8921 Has. en 1986. Por su parte en el cantón de Siquirres, la expansión bananera mantiene un ritmo sostenido de crecimiento durante el período (Ver cuadro No. 1).

Cuadro 1

Región Caribe: Historial del área de producción bananera para el cantón de Siquirres (en hectáreas) 1977-1991

Cantones/Años	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
Total Costa Rica	25,195	25,213	25,291	25,822	26,727	27,399	26,494	24,062	20,535	20,287	20,986	22,022	24,727	28,296	33,400
Zona Atlántica	18,401	18,397	18,586	19,157	19,992	20,958	21,326	20,936	20,140	19,892	20,581	21,610	24,310	27,884	32,988
Siquirres	2,965	2,933	3,157	3,132	3,369	3,553	3,732	3,615	3,516	3,465	3,663	3,813	4,916	5,879	7,076

Fuente: Estadísticas de Exportación Bananera, Corporación Bananera Nacional, 1992:12.

En general se puede afirmar que la producción bananera en el Caribe representa el 98.77% del área de producción nacional y que dentro de ésta las zonas cultivadas en Siquirres constituyen el 21.19% del total de los territorios bananeros a nivel nacional.

Igualmente los índices de productividad anual de banano arrojan cifras que ponen a la región Caribe con un 98,52% del volumen total de cajas de banano para 1991. Proviene de Siquirres el 23.2% del total de las exportaciones de banano para ese mismo año (*Ibid.*: 23).

En el panorama del trabajo bananero prevalecen como tendencia histórica las deficitarias condiciones de contratación que obligan a los trabajadores a la migración constante entre fincas. La crisis en las condiciones de salud ocupacional, lleva al Estado a investigar tímidamente y de forma negociada con los empresarios bananeros, las condiciones de los trabajadores, especialmente por las deficitarios equipamientos sanitarios que puede potencializar la propagación de la enfermedad del cólera. Al respecto se lee en un diario local:

*Un equipo de epidemiólogos y técnicos en salud ambiental del ministerio del ramo inicia hoy la revisión de las condiciones sanitarias imperantes en las compañías bananeras de todo el país, informó una fuente de la Comisión Nacional de Lucha contra el Cólera.*

*Según el informante (...)se trata de hacer una "peinado general por Sarapiquí, Upala y hasta Sixaola", en el litoral Atlántico, para verificar que los obreros tengan "condiciones de vida adecuadas"(...).*

*Debido a las malas condiciones sanitarias en que viven los 200 trabajadores de la finca Bana 2000, en Cuatro Millas de Matina y donde el sábado pasado se confirmó un caso de cólera, el Ministro de Salud, Dr. Carlos Castro, ordenó la clausura inmediata de los dormitorios(...)*

*El Director de Asuntos Laborales del Ministerio de Trabajo Lic. Eugenio Solano, puntualizó que desde hace tres meses han recibido denuncias de fincas en expansión, las cuales recurren a contratistas que emplean obreros para la colocación de cables y para la siembra. Dijo que esos empleadores mantienen a los trabajadores en malas condiciones y que incluso muchos cobran el Seguro a los empleados, pero no se lo reportan a la CCSS (La Nación. 2-11-92: 9A).*

Como podemos notar del texto, a pesar de que la situación de los trabajadores es crítica desde mucho tiempo atrás, las autoridades nacionales no intervienen hasta que sienten que se pone en riesgo la salud nacional por la eventual propagación del cólera.

Esto se ve agravado por la ausencia total de organización gremial en el panorama obrero y por la sistemática persecución patronal de toda forma de organización o por la promoción forzada de las organizaciones solidaristas que hace eco principalmente de los intereses empresariales antes que atender los intereses obreros.

Sin embargo, la crisis sanitaria sirvió para develar a la “conciencia nacional” las condiciones de los trabajadores y algunas acciones se tomaron ante los tribunales de trabajo, después de negociar con los empresarios. Así, a partir de las investigaciones del Ministerio de Trabajo en 25 fincas bananeras del Caribe, se procesan judicialmente 10 empresas bananeras por irrespetar la legislación laboral por faltas que van desde el pago incompleto de días feriados y horas extras, hasta el incumplimiento de normas de seguridad de los empleados (*La Nación* 1-12-92: 4A).

En plano de los recursos naturales y de frágil sobrevivencia, la expansión bananera ha provocado la deforestación desmedida y sin control oficial, la contaminación por agroquímicos y sólidos —plásticos, fruta de desecho y “pinzote”— en cauces fluviales, los cambios en los cauces de los ríos, la eliminación sistemática de la biodiversidad, la contaminación de las zonas costeras y de canales, el riesgo sobre refugios silvestres, parques nacionales como Tortuguero o arrecifes coralinos, como el, prácticamente extinto, de Puerto Vargas. Estas situaciones han sido denunciadas en diversos foros y hasta se han organizado marchas, como la efectuada el 2 de setiembre de 1992, en donde ambientalistas, estudiantes universitarios y sindicalistas gritaron: “alto a la expansión bananera incontrolada”.

Por su parte, sobre la base social campesina de pequeños propietarios de granos básicos, se va consolidando un sector de productores campesinos que se articulan principalmente con los mercados locales. Este movimiento alcanza autonomía organizativa, consolida su propia base de operaciones, busca financiamiento internacional para proyectos propios de rescate de prácticas agrícolas alternativas y consolida en las últimas décadas de los años ochenta un fuerte movimiento campesino, cobijado por amplias organizaciones de pequeños agricultores. Tal es el caso de la Unión de Pequeños Agricultores de la Región Atlántica (UPAGRA) y el de la Coordinadora Campesina del Atlántico. La base social y la estrategia organizativa moviliza un amplio contingente de agricultores que luchan por lo local, por lo regional e incluso sus acciones alcanzan a cuestionar e impactar la política agraria nacional, que impulsa la producción de productos no tradicionales, al enarbolar la consigna de la soberanía alimentaria.

Estos movimientos sociales campesinos, además de la lucha por cuestiones substantivas como la tierra, los precios de los productos, etc., también incorporan a su agenda de lucha, la preservación de la identidad campesina. Se considera importante resistir el embate del Estado y del capital a partir de un proceso de resistencia y creación simbólico y práctico, que de manera retroactiva, recupere experiencia para usarla con un sentido nuevo en la lucha por la sobrevivencia. Así, la soberanía alimentaria es producción con identidad, con identidad en el manejo equilibrado del medio, en el uso de tecnología alternativas, en la recuperación de la tradición, etc. En suma, nos

encontramos ante un choque entre la identidad campesina, que confronta la inviabilidad del proyecto empresarial rural que promueve el Estado. Estos son los episodios del movimiento campesino que ocurren a finales de los años ochenta pero que conforme se avanza en la década de los años noventa va perdiendo vigencia hasta su invisibilización.

Con la reactivación bananera transnacional y por parte de empresarios locales, los sectores populares y los grupos de trabajadores actúan estratégicamente en el área más sensible, la actividad muellera. De tal forma que la lucha del sindicato bananero encuentra apoyo de los trabajadores muellersos y el movimiento popular urbano también sitúa desde ahí sus principales alianzas y acciones cívicas. Esto cambia para finales de los años ochenta con la crisis de la izquierda costarricense y sus efectos en la acción política de los sindicatos. De ahí en adelante la concertación es más difícil, los intereses se multiplican, las luchas se sectorializan.

En todo caso, la constante hasta la actualidad ha sido la consolidación de un significativo espacio de acción organizada popular y comunal que en determinadas épocas se sectorializa e involucra a campesinos sin tierra, obreros bananeros, muellersos, ferrocarrileros, etc. y que en la mayoría de los movimientos sociales adquiere la forma de una concertación cívica, multisectorial en donde las luchas sociales tienen como eje el mejoramiento de las condiciones de existencia y la impugnación del tipo de políticas estatales en la región. Tales características del movimiento popular no encuentran punto de comparación entre los otros movimientos sociales que suceden en el país.

Desde mediados de la década de los años setenta, con el antecedente de la gran huelga bananera de 1934, el escenario principal de estas peculiares acciones colectivas, orquestadas bajo la forma de "comités cívicos", es principalmente la ciudad de Limón, pero también tiene repercusiones en los ámbitos rurales por medio del bloqueo de caminos. En la cronología de éstos movimientos populares destacan el conflicto de 1975, que es asumido por un Comité Cívico; el de 1979, liderado por la Federación de Trabajadores Limonenses (FETRAL) y los de 1989 y 1992, liderados por comités cívicos. En estos movimientos sociales se impugna o cuestiona al Estado por el tipo y calidad de los servicios que presta en la Región y el tipo de atención que brinda a las demandas más elementales. Dentro del rango general de estas demandas están los más diversos servicios, como caminos, instalaciones sanitarias, agua, transporte, trabajo y también, asuntos relativos a mejoras en el campo de la educación.

En las luchas sociales más recientes 1989, 1992 y 1996 la acción comunal organizada ha venido presentado demandas, que en general, tienen que ver con la calidad y tipo de servicios que brindan en la región y por ende, la cuestión es ¿cuál es la dirección del desarrollo regional y quién se beneficia de él?

En 1989 el comité cívico aglutinado alrededor del Consejo Permanente para el Estudio y Solución de los Problemas de Limón, entrega un pliego de 200 demandas al Estado. En ellas se consigna los intereses de sindicatos, organizaciones campesinas, organizaciones estudiantiles, comunales y de vivienda. El comité se autodefine como una organización

*que aglutina a todas las organizaciones de la zona y la Federación Nacional de Trabajadores del Transporte (FENETRANS). Como puede verse, por su composición*

*CEPESPL, es una instancia orgánica de carácter nacional que sin dejar de atender la problemática de todo el territorio, por razones de justicia y otras, pone el acento en la problemática limonense” (CEPESPL, 1989).*

El 19 de julio de 1989, el comité envía a al despacho del entonces presidente Oscar Arias, un documento que sintetiza la principales demandas y necesidades en materia de salud, educación, vivienda, agropecuarios, transporte, cultura, etc. Cabe destacar que entre la demandas se incluye una crítica al sistema educativo oficial que excluye el tratamiento de la diversidad cultural de la región. De esta forma la agenda del movimiento popular incluye entre otras reivindicaciones la preservación de sus identidades.

El 16 de agosto el gobierno respondió a las demandas del comité con un comunicado en donde consignaba lo que el Poder Ejecutivo y otras instituciones estaban haciendo, lo que han hecho y lo que no se ha podido hacer. Esta respuesta fue calificada por el comité como insatisfactoria (*La República*, 18-8-89: 32A) y se convoca a una huelga indefinida a partir del 21 de agosto. El movimiento se concreta en la paralización de servicios públicos, barricadas, cierre de vías, etc. y se extiende hasta el 24 y recibe como respuesta del Estado la llegada a la zona de un contingente policial de 500 efectivos.

En 1992 la lucha social provocada en parte por la falta de atención oficial, a la severa crisis originada por el terremoto de 1990, revela de nuevo la problemática de la región y se origina en torno a ella un movimiento social que busca en el Estado respuestas urgentes. Dentro las demandas está solución al problema sanitario (agua y alcantarillado), vivienda, infraestructura y el problema educativo en la región, ahora referido principalmente al déficit de infraestructura.

La crisis del panorama ocupacional también se experimenta constantemente en los servicios portuarios que tendencialmente, por la mecanización, han reducido la capacidad de contratación de mano de obra. Como habíamos dicho, por lo estratégico del servicio, las huelgas en el sector provocan un impacto inmediato en la economía agroexportadora nacional. Es tan sensible este sector, que es el único que todavía preserva un espacio de organización obrera que no había podido ser permeado por los intereses empresariales o estatales. Es tal la significación de un movimiento en este sector que la huelga del 15 de octubre de 1992, provocó que se perdieran, al decir de los empresarios bananeros, 53.000 cajas de fruta, con un costo superior a los 38.000.000.00 colones (*La Nación* 16-11-92: 30/VIVA). En este movimiento, los polos del conflicto son la FETRAL (Federación de Trabajadores Limonenses) y el Sindicato de Trabajadores de JAPDEVA (SINATRAJAP), enfrentados contra la CADEXCO (Camara de Exportadores Costarricenses) y los funcionarios de JAPDEVA. La forma de lucha ha sido el “tortuguismo”, el paro o la huelga. Las demandas van dirigidas hacia mejoras salariales y de condiciones de trabajo.

Para finales de los años noventa en la región Caribe el crecimiento en el número de desocupados entre 1995-96 llega a 60%, la tasa de crecimiento de homicidios por cada 100.000 habitantes es de 17,5 durante el año 1995, el porcentaje de deserción en la educación primaria en 1996 es de 7,5% y en la secundaria es de 20,6% para ese mismo año. Estos indicadores de crisis social permiten entender porque en el territorio

limonense se reactivaron las alianzas entre diversos sectores populares y se desencadenaron los nuevos espacios de lucha del movimiento social en 1996. Para este año, bajo el liderazgo de un comité cívico denominado Limón en Lucha, se aglutinan 57 organizaciones. En esta oportunidad, surge un nuevo polo de conflicto a raíz de la pretendida modernización portuaria y del cambio en los procesos de negociación y contratación de la carga y descarga del puerto. El conflicto Estado-sindicatos de obreros estibadores, incluye demandas como intervenir la Junta Administrativa y de Desarrollo de la Vertiente Atlántica, reorganizar la carga y descarga en los muelles, el pago de prestaciones pendientes, así como sacar de la agenda legislativa una reforma constitucional para abrir la concesión de muelles y aeropuertos al sector privado. A estas peticiones que aparecen como centrales, se unen 78 demandas de otros sectores comunales en materia de salud, vivienda, empleo, sanitario (prohibición de plaguicidas e indemnizaciones a esterilizados por el uso agroquímicos en las plantaciones bananeras), desarrollo comunal (adjudicación de tierras, créditos y vivienda) y educación (presupuesto, nuevas opciones académicas, construcción de más aulas, mejor equipo, mobiliario y reparación de infraestructura) y otras peticiones cívicas de las comunidades.

Como se ve, para esta confrontación los agentes populares no están planteando en la agenda de lucha intereses directamente ligados a las condiciones de la producción y reproducción de las identidades.

Como elemento singular de este proceso cabe destacar que la acción del Comité de Lucha está principalmente protagonizada por afrocostarricense con experiencia en el movimiento sindical de estibadores<sup>14</sup>, mientras que en el plano gubernamental se encuentra otro afrocaribeño, Marvin Taylor en su condición de vicemistro de Hacienda, quien se autodenomina limonense, negociando a favor de los intereses del Estado.

Después de múltiples negociaciones se desarrollan acciones en las comunidades de la periferia urbana de Limón y se protagonizan encuentros entre la policía y los(as) manifestantes. Barricadas, marcha de "ollas vacías", se van sucediendo durante los primeros días del mes de agosto. El clímax de la confrontación se da el 14 y 15 de agosto cuando la policía y los manifestantes se encuentran en luchas de piedras, gases lacrimógenos, disparos y garrotazos. Según la prensa de la época (*La Nación*, 16-8-1996: 4A) y la interpretación de los limonenses, fue la más violenta manifestación de los últimos tiempos, especialmente por la intervención policial que hizo pensar en un estado de sitio. Los actos más violentos se protagonizan en el barrio Cieneguita y fueron achacados por las partes a delincuentes encapuchados. Según un dirigente del movimiento, el grupo no tiene responsabilidad sobre lo acontecido, sino que sus responsables fueron:

*extranjeros indocumentados y costarricenses a quienes los mismos vecinos han calificado como "delincuentes y narcotraficantes" (Ibidem).*

Los acuerdos que se logran rápidamente son en materia de infraestructura y saneamiento, los cuales ya se venían tramitando en el Estado desde el terremoto de 1991; en esta oportunidad se apuró el paso en un recorrido que llevaba ya 5 años de tambaleantes zigzagueos. En materia de reforma de los servicios portuarios y demandas



salariales de los trabajadores muelleros, las decisiones del Estado siguen su curso y consolidan un esquema que afecta sensiblemente las condiciones de trabajo de los muelleros.

## **5. Reflexión final**

La dinámica histórica y económica que ha experimentado la región desde épocas prehispánicas hasta la actualidad, ha venido fijando contornos particulares a los territorios y a los pueblos que ahí convergen. Por eso, resulta útil con fines de análisis y de organizar la argumentación conclusiva, caracterizar la región en tres subregiones, marcadas en su especificidad a partir de los indicadores económicos y las manifestación culturales que tendencialmente suceden en estos espacios.

La definición de David Smith y Carmen Murillo (1989) sobre la diversidad subregional del Caribe, permite situar en primera instancia, la subregión Central en donde la dinámica portuaria, ferrocarrilera y bananera han delimitado un plano económico de amplias repercusiones en la vida de los actores culturales que ahí habitan. La concentración de los servicios y la vida urbana hacen de la ciudad de Puerto Limón y sus alrededores, un ámbito de mediación entre los pueblos dispersos, sin atención y la atención preferencial urbana. Este último sigue siendo un espacio de atracción intra-regional para el acceso a los servicios, entre ellos la educación, especialmente el III nivel y la enseñanza diversificada.

Por otra parte, esta subregión Central incluye la mayor concentración de población de ascendencia afrocostarricense de la región y del país, sólo que sus nexos en los más diversos ámbito de la vida urbana se ha constituido en un vehículo importante para la hibridación acelerada de esta identidad. Un ejemplo posible de esta transformación la encontramos en el uso de la lengua tradicional, a saber, el inglés criollo que ha pasado progresivamente al desuso en las tres últimas generaciones.

La subregión Talamanca, también se caracteriza por la explotación bananera de cada vez más amplia cobertura territorial y por cada vez más escasas reservas forestales. Estas zonas forestales, hacen del territorio de Talamanca un espacio para la sobrevivencia paralela de la creciente agroindustria bananera y paralelamente de los poblados o villorrios de ascendencia afrocostarricense o indígena cabécar o bribri. En estos espacios, la existencia de los territorios indígenas han permitido, hasta el presente, la perpetuación de estas tradiciones, haberes y saberes culturales. Pero, a pesar de que la condición de pequeños propietarios le da a los indígenas ciertas condiciones para la resistencia cultural, la crisis económica y la pérdida de la tierra, el asalariamiento y los desarrollos turísticos, hacen de las zonas de pequeños y medianos propietarios, un terreno fértil para el cambio.

En su caso la subregión Pococí, que presenta los mayores índices de ocupación del suelo y el más alto nivel de liderazgo en el impulso de la actividad agrícola, se ha caracterizado por los más altos niveles de impulso agroindustrial bananero y consecuentemente por los más altos niveles de deforestación y de riesgo ambiental. Para la segunda mitad de los ochenta y lo que va de los noventa, la expansión y uniformización del

paisaje provocado por la actividad bananera, ha sido la principal tendencia. En su dinámica poblacional, la subregión Pococí presenta un crecimiento por inmigración proveniente de diferentes puntos del territorio nacional y de países vecinos.

Por su parte pequeños productores campesinos de maíz, frijol y tubérculos, asentados mediante gestión estatal por intermedio del Instituto de Desarrollo Agrario, o bien espontáneamente, por medio de movimientos de recuperadores de tierra, constituyen parte de la dinámica económica, cultural y organizativa de la subregión. La búsqueda de empleo en los procesos de expansión y consolidación de la actividad agroexportadora bananera constituye uno de los principales factores de atracción a la subregión. Participan de este proceso una población mestiza de ascendencia meseteña, guanacasteca, puntarenense y nicaragüense los cuales presentan entre sus rasgos la diversidad de orígenes y de identidades. Este es el tipo de población que caracteriza los cantones de Guácimo y el distrito Horquetas de Sarapiquí.

Estos movimientos migratorios en la subregión Pococí ponen en evidencia una tendencia que, aunque en menor escala, es generalizable para la región en su conjunto. Así, en la segunda mitad del Siglo XX la región se ha visto constantemente dinamizada por la convergencia de pobladores de las más diversas procedencias, bien sean estos nacionales o extranjeros. Esta condición y la dinámica agroexportadora, hacen de estos territorios un escenario apto para la disputa por el sentido y para la hibridación de la identidades.

En general, podemos decir que la región presenta desde la segunda mitad de los años ochenta y en lo que va de los años noventa, una acelerada transformación producto de su "rebananerización". Esto se acompaña de un marcado contraste entre los espacios urbanos, con la más alta concentración de servicios, y los espacios rurales con las condiciones más deficitarias en lo que respecta a condiciones sanitarias, de empleo, salud, educación, etc. se preserva. No obstante por encima de estas diferencias, el manto verde bananero se extiende como una mancha de aceite en el agua, volteando bosques y acarreando inmediatamente todas sus lacras económicas y sociales.

Sólo por mencionar algunos problemas sociales y ecológicos provocados por la expansión bananera que recientemente se ventilan a nivel regional y nacional, podemos citar los siguientes: el Caribe se ve nuevamente poblado por trabajadores que migran en busca de trabajo y se encuentran insertos en condiciones laborales deficitarias y con ausencia casi absoluta de los servicios más elementales y de las garantías sociales.

Conviene indicar que la población trabajadora de la región, como ha sido la tendencia histórica, proviene de otras regiones del país. Esto provoca que durante las épocas de auge bananero la población crezca aceleradamente a partir de las migraciones procedentes de la zona central del país tales como Guanacaste y Puntarenas o de otros países centroamericanos como Nicaragua. Proporcionalmente al crecimiento poblacional por la migración, también crece el desempleo y el subempleo, debido a que la estructura productiva de la región es poco dinámica, y a que la población en edad de trabajar crece a un ritmo mayor que la generación de nuevas fuentes de empleo (Mora, M. 1990: 30). Esta atracción de trabajadores procedentes de diversas regiones y, por ende, portadora de otras identidades, sigue alimentando el crisol de la identidad del Caribe costarricense.

Como se ha analizado, la actividad bananera provoca uniformización del territorio caribeño con la plantación y esto ha provocado efectos desgarradores sobre la frágil ecología de la zona. En este tema la acción oficial ha sido absolutamente deficitaria, a no ser por la movilización de grupos de ecologistas, organizaciones religiosas y campesinas, que constantemente denuncian las implicaciones nefastas de la plantación bananera sobre las condiciones naturales del litoral Caribe.

La acción estatal concertada con las cámaras de productores bananeros, se traduce en la Ley General del Ambiente. En su parte operativa, el Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG) y el Ministerio de Recursos Naturales, Energía y Minas (MIRENEM), así como las Dirección Forestal, se ven maniatadas en su acción por la presión empresarial y por la deficitarias condiciones en que operan los técnicos.

De parte de los empresario, la reacción no se ha hecho esperar. Las entidades empresariales más importantes, aglutinados en la Corporación Bananera Nacional (CORBANA), anuncian la creación de la Comisión Ambiental Bananera. Esta parece más una fórmula de maquillaje publicitario, que de acción concreta para intervenir en el problema, puesto que su ámbito de competencia inmediato resulta ser el montaje de una campaña publicitaria millonaria que informa sobre las bondades de la expansión bananera.

La competencia y actuación del Estado costarricense ha sido históricamente y es actualmente la de espectador y paliador de los conflictivos y críticos procesos sociales y económicos del litoral Caribe. Resulta tan evidente la minusvalía estatal en la región, que hasta medios conservadores han editorializado al respecto en los siguientes términos:

*El Estado costarricense se ha impulsado los programas de fomento bananero y se ha beneficiado de sus ingresos, pero se ha mantenido al margen de la realidad social, laboral y ecológica. Su actividad se ha ceñido a suscribir el término de las huelgas. Otros grupos han participado en la refriega cotidiana y ocupado el espacio. Esta posición de simple espectador se ha puesto de manifiesto principalmente en su incapacidad para planear el desarrollo bananero en sus derivaciones sociales, laborales, de infraestructura, culturales, uso de la tierra, ecológicas. El Estado ni siquiera tiene a mano una información suficiente y completa de lo que ocurre en la región. Dio el impulso inicial, pero se ha desentendido del resto. Y, cuando pretendió tomar la riendas en la mano, con la creación de JAPDEVA, esta se convirtió en escapismo y en una de las desventuras de la provincia de Limón (La Nación. 14-9-92, 14A).*

El abandono oficial, la crisis en la operación de los servicios básicos, la ausencia de las más elementales formas de política social y la escasa credibilidad del Estado, son evidencia del "abandono político", que deja a los pobladores la responsabilidad de resolver los problemas sociales, sin aportar las condiciones políticas y económicas indispensables para cumplir con la tarea del equipamiento básico. Vemos que no prevalece en la región una acción oficial conducente hacia el desarrollo; más bien, se trata de una modalidad centrada en la acción inmediateista y específica, que atiende problemas sectoriales o comunales dependiendo de la ampliación o restricción de la cobertura de los problemas. Un ejemplo de esta naturaleza ya lo hemos indicado al referir el problema obrero en las plantaciones; otro puede ser la acción oficial ante el problema ambiental. Igual sucede con el problema de la seguridad en Talamanca

y Chirripó en donde la acción inmedatista oficial ha provocado fuertes enfrentamientos con indígenas y pobladores locales, a raíz de la búsqueda de narcotraficantes asentados en los terrenos montañosos desde hace décadas.

Las más grandes luchas obreras de la historia del país, una fuerte presión por la tierra, movimientos por la soberanía alimentaria, efervescencia entre los trabajadores ferrocarrileros y muelleros, movimientos comunales interclasistas o intersectoriales que luchan por el mejoramiento en los servicios públicos, constituyen los actores del movimiento social en el Caribe costarricense. Sumados hacen una experiencia de lucha social inédita en el resto del país, que da como resultado la gran capacidad de convocatoria multisectorial que caracteriza los movimientos denominados cívicos. Suma de demandas y escasa respuesta efectiva del Estado, excepto por la represión han sido las tendencias que caracterizan la historia reciente del movimiento social en la región Caribe. Cambió el polo del conflicto pasando de la empresa transnacional United Fruit Co. en el primer período bananero, al Estado como mentor de los intereses empresariales extranjeros y nacionales en el segundo período bananero, pero no se han alterado sustancialmente las condiciones que obligan a una permanente causa popular. Los intereses por el mejoramiento en las condiciones de vida constituyen la prioridad de la agenda popular, pero no obstante esto la demanda por la preservación de las identidades también se ha ganado un puesto en espacios de lucha locales y regionales.

Indudablemente que la problemática que experimentan los y las pobladoras de la región no es sensiblemente diferente a la que experimentan los y las habitantes de otras regiones del país. No obstante esto, la historia regional explica porque es que sólo en el Caribe se logra estructurar un camino organizativo híbrido por multisectorial y único en el país por la convergencia de diversos intereses que aglutina.

## Notas

1. Antropólogo, Profesor Asociado e investigador del Departamento de Antropología de la Universidad de Costa Rica.
2. En la literatura histórica, geográfica y oficial de Costa Rica y de Centroamérica, tradicionalmente se ha denominado a la vertiente del mar Caribe como vertiente Atlántica. Para el caso costarricense el Estado en sus políticas de planificación nacional a denominado la región que aquí se analiza como Región Huetar Atlántica. Aquí se pretende enmendar este error, que omite la existencia de una realidad geográfica, política y cultural caribeña, denominando el área como región Caribe.
3. Esta se considera una de las variables que explican en América la extinción de la megafauna (mastodontes y otros animales del Pleistoceno).
4. Entre otros autores pueden consultarse Hurtado de Mendoza (1980-87), Snarkis (1978), Acuña (1981-83-87).
5. La subordinación es posible se ejerciera sobre grupos con condiciones históricas y económicas que propiciaban su dependencia tecnológica, militar, simbólica, etc.

6. Sólo para citar unos ejemplos podemos mencionar los datos de dos contratistas que trasegaron oficialmente según la Real Contaduría de Portobelo y la Caja de Panamá entre 1748 y 1760 más de ocho mil esclavos (Guzmán Navarro, Arturo, 1982: 94 y 97).
7. Todavía hoy se encuentra en uso los senderos que atraviesan la cordillera de Talamanca hasta el Pacífico, los cuales también fueron aprovechados por los Españoles en sus intentos de conquista.
8. Claudia Quirós (1990: 165) refiriéndose a la fundación de puertos en el Atlántico nos indica que fueron una respuesta a las “correrías de los corsarios ingleses, quienes en 1604 penetraron con cinco navíos y asolaron el Puerto de Suerre”.
9. Al hacer comparaciones sobre los datos de los censos de 1927 y 1950 los autores debieron explicitar que los “especialistas” que elaboraron el *Censo de Población de Costa Rica* (1950: 33), se vieron obligados a reunir en una misma categoría a blancos y mestizos y en otra a negros y mulatos, en razón de que el primer censo hacía las distinciones, mientras que en el segundo se establecieron categorías “raciales” más amplias.
10. Conviene aclarar que los criterios y procedimientos para establecer la distinción racial que hemos transcrito del *Censo de Población de Costa Rica* (1953: 223) indicaban lo siguiente: “Generalmente se tomó el dato por simple observación o conocimiento que se tuviera de los habitantes del distrito.  
Al hacer la crítica de los datos, en caso de duda, se tomó en cuenta la localización geográfica de la vivienda del enumerado y su apellidos, lugar de nacimiento, nacionalidad y lengua materna, además se hizo la suposición que generalmente los miembros de una familia censal con lazos de consanguinidad, eran del mismo color o “raza”. La escasa confiabilidad y validez de estas interpretaciones, fundadas casi exclusivamente en la capacidad de percepción de los encuestadores, sin ni siquiera matizarla con la etnopercepción de los encuestados, nos hace dudar de la objetividad y veracidad de las mismas. Podemos dudar entonces de la pertenencia “racial” que se les atribuyó a aquellos casos de familias de procreación con cónyuges de diferente apariencia racial y todos aquellos padres producto del constante proceso de mestizaje de la región.  
Donde más certeza se podría encontrar sería en la adscripción lingüística, pues se entendía por “lengua materna” aquella que la persona hablaba en el hogar durante la niñez, pero no se tomó en cuenta si el informante hablaba otra lengua en la fecha en que el censo fue levantado. Por tanto, no hay evidencias de la situación conyuntural de la familia, y de si se encontraba en un proceso de asimilación o integración y había, al momento del censo, perdido por desuso la lengua de su familia de origen.  
Sin embargo, si comparamos los datos sobre lengua y raza veremos que su comportamiento presentó, escasas diferencias, lo cual nos hace pensar que lengua materna fue determinante para establecer la pertenencia racial.
11. Borge y Villalobos sistematizan estos conflictos que serían una de las formas de expresión del movimiento popular en el período republicano (1987: 84-85).
12. Para lograr un cambio a este nivel, los indígenas, apoyados por organizaciones religiosas, de educadores y de sectores populares de los barrios del sur de la ciudad de San

- José, protagonizan una protesta que da pie a un cambio en la legislación sobre cedu-  
lación en Costa Rica.
13. Un análisis exhaustivo de pobladores campesinos por medio de la historia de vida pue-  
de leerse en Murillo, Carmen y Omar Hernández (1981, 1983).
  14. En la estructura de liderazgo del Comité Limón en Lucha figuran Danilo Pwell (coordi-  
nador): Secretario General del Sindicato de Trabajadores de JAPDEVA; Allora Griffith  
(subcoordinador): exdirigente de la lucha \_\_\_\_\_, exregidor municipal, dirigente del  
sindicato de Trabajadores Portuarios y Ferrocarrileros del Atlántico; Inés Quirós (secrea-  
taria): técnica de ortopedia, coordinadora de la filial de UNDECA en Limón y coordi-  
nadora del Frente Sindical del Hospital Tony Facio; Roberto Cantillo (vocero): médico  
del Hospital Tony Facio, expresidente de la filial de SPROCIMECA en Limón y de la fi-  
lial de la Unión Médica Nacional en Limón, secretario de conflictos del Sindicato del  
mencionado hospital limonense, representante de ANEP en Limón y exregidor munici-  
pal; Marvin Wright Lindo (comisión de huelga): presidente del Partido Auténtico Li-  
monense, excandidato a diputado, exdirigente de lucha \_\_\_\_\_llera; Oscar Mario Serrano  
(comité coordinador): licenciado en pedagogía, representante Universidad de Costa Ri-  
ca; Presbítero Gerardo Vargas (garante): director diocesano de la Pastoral Social de Li-  
món y acompañante de varios movimientos comunales.

## Bibliografía

- Acuña, Víctor Hugo. *La huelga bananera de 1934* San José: CENAP y CEPAS, 1984.
- Acuña, Víctor. "Artefactos microlíticos de Turrialba relacionados con procesmientos de  
tubérculos". En: *Vínculos*, San José: Museo Nacional, Vol 11, no. 1-2, 1985: 31-46.
- Aguilar, Oscar. *La huelga de los Tútiles*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distán-  
cia, 1989.
- Arizpe, Lourdes, (et al) "De filiacione arbitrarias a lealtades razonadas: la Nación y las  
fronteras culturales en México". En: *Cuadernos de la Casa Chata*. México: CIE-  
SAS, n. 174. 1990: 11-24.
- Bariatti, Rita. *La inmigración italiana en Costa Rica 1821-1968*. Heredia: Universidad  
Nacional. Tesis de Licenciatura en Historia, 1987.
- Benitez, Antonio. "Cultura en el Caribe: la cimarronería como herencia y utopía". En:  
*Revista Estudios Sociales Centroamericanos*. 1990, No. 54, p. 88.
- Bourgois, Philippe. *Banano, etnia y lucha social en Centro América*. San José: Edito-  
rial DEI, 1994.

- Borge, Carlos; Victoria Villalobos. Implicaciones espaciales y culturales de las exploraciones petroleras en el Valle de Talamanca. San José: Universidad de Costa Rica. Tesis para Licenciatura en Antropología, 1987.
- Borge, Carlos; Roberto Castillo. *Cultura y conservación en la Talamanca indígena*. San José: Editorial de Universidad Estatal a Distancia, 1997.
- Barrantes, Ramiro. *Evolución en el trópico: los amerindios de Costa Rica y Panamá*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993.
- Cáceres, Rina. Doce de octubre: Día de las culturas. La herencia africana. En: Revista *Herencia*. San José: Universidad de Costa Rica, Vol. 7, No. 1, 1995.
- Carvajal, Guillermo. "La formación de una región dependiente: el caso de la región atlántica de Costa Rica" En: *Estado de la investigación científica y la acción social sobre la región atlántica de Costa Rica*. San José: Ed. UCR, 1989 p. 57.
- CEPESPL. Pliego de demandas. San José: Inédito, 1989.
- Constenla, Adolfo. *Las lenguas del área intermedia: introducción a su estudio areal*. San José: Editoria Universidad de Costa Rica, 1991.
- Corporación Bananera Nacional. Estadísticas de Exportación Bananera. San José: Inédito, 1992
- Dirección General de Estadística y Censos. *Censo de Población 1984*. San José: Imprenta Nacional, 1985.
- Duncan, Quince. *La rebelión pocomía y otros relatos*. San José: Editorial Costa Rica, 1976.
- Fallas, Carlos Luis. *Mamita Yunai*. San José: Editorial Soley y Valverde, 1941.
- Fonseca, Zayra. *Los chinos en Costa Rica en el siglo XIX*. San José: Universidad de Costa Rica. Tesis de Licenciatura en Historia, 1979.
- Giro, Pascal. "La crisis actual del ferrocarril: evolución y perspectivas de los transportes hacia el atlántico". En: *Estado de la investigación científica y la acción social sobre la región atlántica de Costa Rica*. San José: Ed. UCR, 1990.
- Gutiérrez, Joaquín. *Puerto Limón*. San José: Ed. Costa Rica, 1973.
- Guzman, Arturo. *La trata esclavista en el Istmo de Panamá durante el Siglo XVIII*. Panamá: Editorial Universitaria, 1982.
- Hall, Carolyn. Costa Rica. *Una interpretación geográfica con perspectiva histórica*. San José: Editorial Costa Rica, 1986.

Hernández, Carlos "Los inmigrantes de Saint Kitts: 1910, capítulo en la historia de los conflictos bananeros costarricenses". *Revista de Historia* San José: Universidad de Costa Rica-Universidad Nacional, n. 23, 1991.

Hernández, Omar. "Historias de vida e identidades étnicas, la visión de los maestros del Atlántico costarricense" En: *Revista de Ciencias Sociales*. San José: Universidad de Costa Rica, 58: 75-83, Dic. 1992.

\_\_\_\_\_. "Política educativa e identidad cultural en el Atlántico costarricense". En: I.I.M.E.C. *La investigación cualitativa en la educación Latinoamericana*. San José: Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1992.

Hurtado, Luis. "Asentamiento cabécar en la cuenca media del Pacuare, Costa Rica". En: *Primer Simposio Científico sobre Pueblos Indígenas Costarricenses*. San José: Ed. UCR, 1984.

Hurtado, Luis; Gómez, José. "Breve descripción comparativa de dos regiones arqueológicas en Costa Rica: Guayabo de Turrialba y Ta'Lari de Pacuare". En: *Vínculos*, San José: Museo Nacional, Vol 11, no. 1-2, 1985: 67-100.

Ibarra, Eugenia. *Las sociedades cacicales en el Siglo XIX*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1990

\_\_\_\_\_. Los cacicazgos indígenas en la Vertiente Atlántica y el Valle Central de Costa Rica: Un intento de etnohistórica. San José: Universidad de Costa Rica. Tesis de Licenciatura en Antropología, 1984.

\_\_\_\_\_. "La organización clánica en el Valle Central y Talamanca, en el momento de la conquista (S XVI y XVII)" Ponencia Simposio La Sociedad Colonial en Mesoamérica y El Caribe, San José, Costa Rica, 1986.

Ibarra, Eugenia y Payne, Elizet. *Costa Rica en el siglo XVI: De las sociedades cacicales a la sociedad colonial* San José: Costa Rica: EUNED, 1991.

*La Nación*. 14-9-92: 14A.

*La Nación*. 2-11-92: 9A.

*La Nación* 1-12-92: 4A.

*La Nación*. 16-11-92: 30/VIVA.

*La Nación*. 16-8-1996: 4A



*La República*. 18-8-89: 32A

Lemistre, A y M. Acosta *Monografía histórica de la provincia de Limón* San José: MCJD-OEA, 1983.

Lewis, Rupert *Marcus Garvey. Anti-colonial Champion* London: Karia Press, 1987.

Martinez, Doreen. Informe de Gira 5, 4 de junio de 1997. Inédito. Centro de Documentación, Laboratorio de Etnología, Universidad de Costa Rica.

Meléndez, Carlos y Quince Duncan *El negro en Costa Rica* San José: Editorial Costa Rica, 1977.

Ministerio de Economía y Hacienda. *Censo de Población de Costa Rica 1950*. Washington: Government Printing Office, USA, 1953.

Mora, Minor. *Análisis de la problemática social de la Región Huetar Atlántica*. San José: Centro de Estudios y Publicaciones Alforja, 1990.

Municipalidad de Limón *Luchas y esperanzas. 100 años de historia doble e inconclusa del Cantón de Limón*. Limón: Municipalidad de Limón, 1992.

Murillo, Carmen "Costa Atlántica costarricense: cultura y dinámica regional", en: *Estudios Sociales Centroamericanos*, San José: San José: Secretaría General del C.S.U.C.A., n. 48, 1988.

Murillo, Carmen. *Identidades de hierro y humo. La construcción del Ferrocarril al Atlántico 1870-1890*. San José: Editorial Porvenir, 1995.

Murillo, C. y D. Smith "Desarrollo de la costa Atlántica costarricense: Estado, Capitalismo y Movilización social". En: Carvajal, Guillermo (Ed. y comp.). *Estado de la investigación científica y la acción social sobre la Región Atlántica de Costa Rica*. San José: Oficina de Publicaciones UCR, 1989.

Murillo, Carmen y Omar Hernández El fenómeno de la reproducción de la fuerza de trabajo: una análisis comparativo entre pequeños productores y asalariados vinculados a la producción del cacao en la Vertiente Atlántica de Costa Rica. San José: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar a la Licenciatura en Antropología, 1981.

---

\_\_\_\_\_. "La relación etnia-clase entre los indígenas Cabécares de Chirripó". En: Revista *América Indígena*. México: Instituto Interamericano Indigenista, Vol. XLIII, No. 1, enero-marzo 1983.

- Oquendo, Leyda. "Las rebeldías de los esclavos en Cuba. 1790-1830". En: *Temas acerca de la esclavitud*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1988, p. 63.
- Purcell, Trevor W. "Modern Maroons: Economy and Cultural Survival in a 'Jamaican' Peasant Village in Costa Rica", en: Carnagie, Charles (Ed.) *Afro-Caribbean Villages in Historical Perspective*. Kingston: African- Caribbean Institute of Jamaica, 1987.
- \_\_\_\_\_. *Banana Fallout. Class, Color and Culture among West Indians in Costa Rica*. California: Center for Afro-American Studies Publications University of California, 1993.
- Palmer, Paula Wa'apin man San José: Instituto del Libro, 1986.
- Pittier, Henry. *Apuntamientos etnológicos sobre los indios bribri*. San José: Serie Etnológica Museo Nacional, 1(1): 11-28. 1938.
- Quintero, Angel. "Cultura en el Caribe: la cimarronería como herencia y utopía" En: Revista *Estudios Sociales Centroamericanos*. San José: Secretaría General del C.S.U.C.A., No. 54, setiembre-diciembre, p. 85-100, 1990.
- Quirós, Claudia. *La era de la encomienda*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1990.
- Snarkis, Michael; Ibarra, Eugenia. "Breve comparación sobre el intercambio entre la Gran Nicoya, la Vertiente Atlántica y el Valle Central de Costa Rica en períodos precolombinos e históricos" En: *Vínculos*, San José: Museo Nacional, Vol 11, no. 1-2, 1985: 67-66.